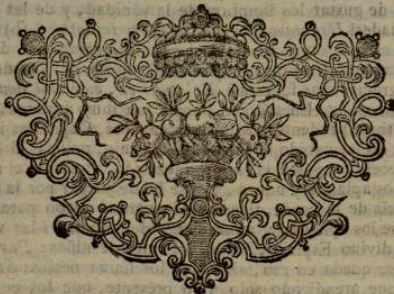


un temor provechoso de la culpa. Inspiradlos un alto aprecio de vuestra gracia. Hay en medio de la Corte Israelitas fieles, que no doblan la rodilla delante de Baal; hay almas rectas, puras y piadosas. Sirvalas este discurso para despertar todo su fervor, para darlas una codicia santa de aumentar unas buenas obras sobre otras, y merecimientos sobre merecimientos. Estas son las riquezas que solamente podemos llevar con nosotros, y las que hallaremos en aquella eternidad bienaventurada, adonde nos conduzca la gracia, &c.



SERMON
PARA EL JUEVES DE LA QUINTA
Semana.

Sobre la Conversion de la Magdalena.

Propter quod dico tibi, remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.

Por lo qual te digo, que le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho. San Luc. cap. 7. v. 47.

Esta respuesta dió el Salvador del mundo al Fariseo, hablando de la muger pecadora, cuya conversion nos propone hoy el Evangelio: y yo me valgo de ella, no para hacer el elogio de esta ilustre penitente, sino el del amor que la hizo santa. El desorden de la Magdalena consistió en haber amado mucho, y con mudanza visible de la diestra del Altísimo, en haber amado mucho consistió su santidad. Su amor la hizo esclava del mundo, y por un efecto maravilloso de la gracia, su amor la hizo predestinada, y esposa de Jesu-Christo. Lo que habia sido su culpa, fue su justificacion: y el amor puro de su Criador fue el remedio eficaz, que la sanó en un momento del amor impuro y profano de la criatura. Milagro del amor de Dios, de que intento tratar en este discurso. Milagro que Dios por providencia singular quiso hacer público, para que los pecadores del siglo tuviesen en este exemplo un motivo poderoso de confianza, y un exemplar perfecto de penitencia.

Un poderoso motivo de confianza, para no caer en desesperacion, por lejos que se hallen de los caminos de Dios: un perfecto exemplar de penitencia, para no dar en una presuncion peligrosa, fiandose de la misericordia de Dios. Porque con esta ocasion pudiera yo con razon decir á un alma mundana atormentada de los torcedores de su conciencia, lo que San Ambrosio dixo al Emperador Teodosio: *Qui secutus est errantem, sequere penitentem*. Este Santo Obispo hablaba de David, y yo hablo de Magdalena, y os digo: Si habeis tenido la infelicidad de seguir á esta pecadora en los desvarios de su vida, animaos, no os desalenteis, pues esta pecadora halló gracia en los ojos de Dios. Mas por otra parte, temblad, si habiendola imitado en sus errores, no teneis animo para imitar su conversion. Porque si no os aprovechais de un exemplo tan eficaz, ni hace la mas viva impresion en vuestras almas, despues de haber convertido los mas endurecidos pecadores; ¿qué se debe, ni se puede esperar de vosotros? Sola Magdalena consta por el Evangelio que fue á Jesu-Christo sin mas fin que el de conseguir el perdon de sus pecados. Muchos hubo, que siendo carnales aun, recurrían á su Magestad por gracias puramente temporales, por el remedio de sus dolencias, por librarse del demonio que los atormentaba: pero Magdalena, ya Christiana de espíritu y corazon, no busca en el Salvador de los hombres sino el remedio de su alma; y convencida de que el pecado es el unico y sumo mal, no le pide otro milagro sino el de su conversion. Veamos por qué camino la consiguió, implorando antes el socorro del Cielo por la intercesion de la Madre de Dios: AVE MARIA.

Lo primero que se viene á la vista es una cuestion, cuya dificultad fundada en el mismo Evangelio necesita de explicacion: y es, si á la Magdalena se le perdonaron sus pecados porque amó mucho, ó si amó mucho porque se le habian perdonado. Si se ha de juzgar por las palabras de mi texto, la primera proposicion es incontestable; pues el mismo Christo declara en terminos expresos, que se le perdonan muchos pecados á esta penitente muger, por
que

que amó mucho: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum*. La segunda, aunque en la apariéncia contraria, no es menos cierta; pues es consecuencia necesaria del discurso que despues hizo el Hijo de Dios de dos deudores, de los quales uno, á quien se le perdona mas, se halla mas obligado á amar, que el otro á quien se le perdona menos. De donde intenta Jesu-Christo inferir, que Magdalena amaba mas que el Fariseo, porque se le habian perdonado mas pecados: *Quis ergo eum plus diligit? astimo, quia is cui plus donavit*. Es facil concordar estas dos proposiciones, y para reducir las á un punto moral á que me he de ceñir, y será de grande ensenanza, digamos con San Juan Crisóstomo, que una y otra son igualmente verdaderas: esto es, que es tan cierto que Magdalena consiguió perdon de sus pecados porque amó mucho, como que amó mucho porque consiguió el perdon de sus pecados, de suerte, que el perdon que Jesu-Christo la dió fue juntamente efecto, y principio de su amor. Para entender mejor mi pensamiento, distingamos dos suertes de amor de Dios, uno que precede á la conversion, y otro que se sigue de ella; uno, que llamo amor de arrepentimiento, y otro, que llamo amor de correspondencia, uno, que restituyó á Magdalena la gracia de Jesu-Christo; y otro, que la hizo corresponder de lleno á la gracia que habia recibido de su Magestad. Atended. Magdalena, siendo aun mundana y pecadora, y cansada de andar por el camino de la perdicion instantaneamente se halló movida de un arrepentimiento lleno de confianza; y de este modo agradó al Hijo de Dios. Pero Magdalena convertida ya, y reconocida al insigne favor que acababa de lograr en el perdon de sus culpas, quedó instantaneamente penetrada de un perfecto agradecimiento, y no pensó sino en entregarse por siempre al Hijo de Dios. Pues con esto restuelvo la dificultad que propuse al principio: porque digo, que el amor de arrepentimiento de Magdalena la reconcilió con Jesu-Christo; y añado, que una reconciliacion tan pronta avivó en su corazon el amor de correspondencia, que hizo, que fuese siempre amante

de un Maestro tan adorable, y digno de ser amado. En dos palabras. Se le perdonaron sus pecados, porque amó mucho con aquel amor que la verdadera penitencia inspira: esta será la primera parte. Amó mucho con aquel amor que inspira el reconocimiento, porque se le habian perdonado sus culpas: esta será la segunda. La una justificará la misericordia de Dios con Magdalena: la otra enseñará como correspondió Magdalena á lo que debía á la misericordia de Dios: y este es todo mi asunto.

I. PARTE.

Entro en la primera proposicion con el pensamiento de San Gregorio Papa; y asombrado (como este Santo Doctor) del poder soberano del amor de Dios, y del milagro que hoy le atribuye el Evangelio, pregunto: ¿no le tuvo mas costa á la Magdalena el hallar gracia en los ojos de Jesu-Christo, que amar? ¿Es verdad, que un solo acto de amor que hizo, fue, despues de vida tan licenciosa, bastante para remedio de su alma? Sí Christianos, es verdad, y de fé: porque amó mucho se le perdonaron muchos pecados, esto es, todos sus pecados, segun el modo de hablar de la Escritura: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum*. Pero no se sigue de eso (aunque el perdonarla el Hijo de Dios fue un prodigio de su gracia) no se sigue, que se la dió á poco precio, ni que su bondad le hizo ceder de sus derechos contra su justicia. Porque juzgo (y con esto quiero dar consuelo á los pecadores, mostrandoles la gracia de Dios, y justificando la misericordia de Jesu-Christo) que ese solo acto de amor que hizo en su corazon Magdalena luego que conoció á Jesu-Christo, fue la satisfaccion mas cumplida que su Magestad podia aguardar de un corazon contrito y humillado. Juzgo que sin añadir mas, esta sola satisfaccion pesada en la balanza del Santuario, tuvo una proporcion justa con el perdon que la concedió Jesu-Christo. Exáminemos los afectos de esta gloriosa penitente: desenvolvamos, si es posible, los efectos que en el instante de su conver-

sion hizo en el corazon divino: midamos la grandeza y latitud de aquel perfecto amor de Dios que la hizo santa, y veamos si la facilidad del Salvador del mundo en admitir esta muger y perdonarla sus culpas perjudicó de algun modo á las reglas mas exáctas y rigurosas de la penitencia.

Para esto hago diferencia (y os pido que la haga tambien vosotros) de quatro cosas que expresamente nos advierte el Evangelista en Magdalena: su pecado, su origen, su materia, y el escandalo que ocasionó con él. Su pecado consistió en su vida desreglada y licenciosa: el origen de su pecado fue su flaqueza; y la inclinacion infeliz de su corazon: la materia de su pecado fue su profanidad, y el seguir sus apetitos viciosos de deleytes; y en fin el escándalo que dió con él á toda la Ciudad de Jerusalém: *Mulier in civitate peccatrix*. Pues este remedio instantaneamente el amor que empezó á tener á Jesu-Christo; quiero decir, este amor santo fue una satisfaccion que ofreció por su pecado, purificó su origen, consagró á Dios su materia, y en fin remedió todo el escandalo que de él habia nacido. Fue satisfaccion que ofreció por su pecado, restableciendo en el corazon de Magdalena aquel imperio de Dios sobre él, que el pecado habia destruido. Purificó su origen, convirtiendo todos los cariños y afectos de Magdalena á Jesu-Christo, objeto digno de ser sumamente amado. Consagró á Dios la materia, inspirando á Magdalena el pensamiento de derramar sobre los pies de Jesu-Christo aquel bálsamo precioso, y haciendo que hallase en su misma profanidad modo de honrar á su Dios, y en su vanidad materia que sacrificarle. En fin, remedió el escandalo, obligando á Magdalena á mudar de vida con una conversion tan ilustre. ¿No tengo, pues, razon para decir que este amor solo fue una penitencia cumplida, y tan eficaz, que el mismo Salvador del mundo, si me es lícito explicarme así, no pudo resistirse á su fuerza? Respitamos cada uno de estos puntos por su orden, y pido vuestra atencion.

Su pecado consistió en la disolucion de sus costumbres,

bres. No adelantemos mas, ni salgamos en esta materia del Evangelio, que debe ser nuestra regla. El Evangelio solamente nos dice en general, que fue pecadora: esto nos debe bastar; y el respeto que se debe á esta muger arrepen- tida, mas celebre por su conversion, que por su deli- to, no nos permite decir mas en este punto: *Mulier in ci- vitate peccatrix.*

Si en otro discurso hablé mas en particular de este pecado, fue usando de las palabras purísimas de San Pablo. Creí que habiéndolas consagrado el Apostol, podía valerme de ellas en un Auditorio Cristiano: y los que me oyeron saben, que aun siendo tales me valí de ellas con tal tiento, que sin explicar todo lo que incluyen, no hice mas que tocarlas por encima. Quando San Pablo con toda libertad reprehendía á los fieles ciertos pecados enormes, ó pretendía imprimir en ellos el horror de seme- jantes pecados con la descripción y pintura de ellos, se contentaba con preparar sus oídos, diciendoles: Plugui- se á Dios, hermanos míos, que tuvieseis un poco de su- frimiento con mi imprudencia! Ruegoos que la toleréis, porque bien sabeis el deseo ardiente con que quisiera que todos vosotros estuviesséis delante de Jesu-Cristo como una Virgen pura: *Utinam sustineretis modicum quid insipientie meae, sed & supportate me: emulor enim vos Dei emulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo* (a). Yo tuve la misma advertencia; y aun- que soy indigno de compararme con este hombre Aposto- lico, Dios me es testigo, que solo el zelo me obligó á ha- ceros las mismas reprehensiones, ó las mismas adverten- cias. Confundidme, Señor, si alguna vez me olvidáre del fin porque me habeis fiado la gracia de vuestro Evangelio. No solamente no se ofendian los Christianos de aquellos primeros tiempos de lo que con tanta fuerza, y sin valerse de algun medio para suavizarla los representaba San Pablo, sino que persuadidos de la importancia de esta doc-

(a) 2. Cor. 11. v. 16. & 2.

trina la recibían con entera docilidad; los edificaba, los movía y los penetraba con una santa compuncion, si los tocaba en alguna cosa; ó con un miedo provechoso, si se mantenían en la inocencia. Yo esperaba con razon, que habian de hallar en vosotros las mismas disposiciones, y que una doctrina que San Pablo tuvo por buena en aquel siglo de la Iglesia recién nacida, esto es, en el siglo de la santidad, lo podia ser con mayor razon en un siglo tan estragado y pervertido como el nuestro, pero me en- gañé; este siglo, con estar tan estragado, es mas delicado que el de la Iglesia recién nacida en este punto. No ha pa- recido bien al mundo lo que dixé, y plegue á Dios que el mundo al condenarme no haya atropellado con el respec- to, veneracion y piedad que se debe á mi Ministerio; que á mí, bien sé que nada se me debe; Dichoso yo mil ve- ces, si aunque me haya condenado el mundo, pudiera esperar haber confundido el vicio, y glorificado á Dios! Di- choso mil veces, si la censura del mundo no ha hecho que se malogre lo que dixé, disminuyendo su utilidad y eficacia; y si entre los que me oyeron ha habido almas, que no solamente hayan quedado enseñadas, sino tambien convertidas, como entre los primeros Christianos! No es siempre lo mejor, ni lo que el mundo ha de menea- ter mas, lo que mas le gusta; muchas veces su remedio es lo mas desabrido, por amargo que sea. Una de las prue- bas mas claras de la necesidad de semejantes verdades, es que haya quien se ofenda y escandalize de ellas. La prue- ba mas cierta de un alma solida, que busca el reyno de Dios, es edificarse de ellas, y aplicarselas á sí misma; pero á Vos, Señor, os toca discernir entre los que han abu- sado, y los que se han aprovechado: Vos escucháis los corazones, y sabeis que no hablo por justificarme, si- no por la honra de vuestra palabra. ¿Qué importa que el mundo me condene? Pero importa, Dios mio, que se tenga respeto á vuestra palabra. Volvamos á nuestro asunto.

Del pecado de Magdalena fue la disolucion de sus cos- tumbres; ó por comprehender en terminos menos odio-

sos todos los desordenes á que se entregó, quando Dios con justo castigo la dexó en manos de su voluntad y de sus deseos, digamos, que su pecado estuvo en su soberbia, y en su amor proprio; en una idolatria de sí misma, y en una ambicion detestable, no solamente de ser amada, sino adorada. En efecto (dice Zenon de Verona) fue licenciosa porque fue vana y amante de sí misma con exceso. Pero el amor divino que penetró su corazón, supo muy bien vengar á Dios de uno y otro: porque en lugar de aquel amor proprio que la cegaba, la infundió un odio santo de sí misma: y en lugar de aquella soberbia que fue su pasión dominante, la inspiró una humildad profunda.

Amó la Magdalena, *Dilexit*; y por consecuencia necesaria empezó á aborrecerse á sí misma: porque sin aborrecerse á sí, ¿cómo hubiera podido amar á Dios? Amanado á este Dios de pureza y santidad, y no hallando en sí misma sino corrupcion y desorden, ¿cómo pudiera dexar de concebir, no solamente el desprecio, sino el horror de sí misma? Y con este horror, ¿cómo pudiera dexar de practicar desde luego lo que al parecer no era proprio sino de un alma perfecta? Pero ella juzgó, que á nadie le convenia mejor que á una pecadora el desahirse de sí, negarse, y morir á sí misma. ¿Cómo pudiera dexar de estar toda penetrada de estos afectos, quando alumbrada con las luces de la gracia se vió como un monstruo á los ojos de Dios; como una criatura infiel que nunca le había conocido, ó habiendole conocido, nunca le había dado la gloria que se le debe; como una criatura rebelde, que tanto tiempo había hecho profesion á cara descubierta de atropellar las leyes de Dios; con su vida licenciosa le había ultrajado, en sí misma había profanado sus dones, y con un abuso digno del mayor castigo se había valido contra el mismo Dios de los favores que había recibido de su mano.

Amó, *Dilexit*; y desde que empezó á amar acabó con aquellos cuidados excesivos de una fragil hermosura, que habían sido toda la ocupacion de su vida. Vedla á

los

los pies de Jesu-Christo, sueltos los cabellos, triste el semblante, y bañados en lágrimas los ojos. Esto nos representa el Evangelio como un modelo del amor proprio destruido. ¿Piensa Magdalena ya en lo que la puede hacer mejor parecida? ¿Teme que su semblante pierda la belleza, y se desfigure con su llanto? A vista del dolor que la causa su pecado, ¿la da la menor inquietud ese pensamiento? No hermanos míos, dice San Gregorio Magno; no es eso ya lo que la hace fuerza. Afeese (decia la bienaventurada Santa Paula desengañada del mundo, y con un ardiente deseo de agradar á Dios) cubrase de eterna confusion este rostro de que he sido idólatra, y tantas veces he querido hermosear con detestables artificios: *Turperur facies illa, quam toties contra Dei præceptum cerussa, & purpurisso depinxit*. Reparad, Señoras, en estas palabras de San Gerónimo; y si sois Christianas no sigais una falsa conciencia que os engaña, seguid la opinion de un hombre tan grande: *Facies illa, quam toties contra Dei præceptum cerussa, & purpurisso depinxit*. Este rostro que tantas veces he querido hermosear con colores postizos, y darle un lustre fingido contra la voluntad y mandamiento de Dios. Así lo juzgó Magdalena despues de convertida. Ah! pierdase para siempre esta gracia percedera y caduca; conviértanse mis ojos en fuentes para regar la tierra con mi llanto; sirvan para mi humillacion estos cabellos que han sido ocasion ordinaria de mi vanidad; sea este cuerpo en adelante una víctima de la mortificación y de la austeridad. Tan lejos estuvo de amarse á sí misma, que quisiera poder destruirse: y porque no la permite Dios esta destruccion voluntaria, por lo ménos se ofrece á su Magestad como hostia viva para sacrificarse por mas tiempo, y mas repetidamente por su amor.

Amó, *Dilexit*; y porque amó quiso dar á Dios una solemne satisfaccion, y padecer la pena de una pública confusion por los atentados de su soberbia. Postrada á los pies de Jesu-Christo se acordó de las ansias con que había deseado ser adorada del mundo; esto es, que hubie-

se hombres que no pareciese que habian nacido sino para ella; que no solamente estoviesen por ella locos y sin juicio, sino que fuesen impios y sacrilegos, dispuestos por ella á dexar el culto de su Dios, á sacrificarla su libertad, su sosiego, sus conveniencias; poco es esto, su salvacion y su conciencia: porque á esto llega la ambicion en una muger del mundo. Los Israëlitas irritaban al Dios de sus padres, ofreciendo sacrificios á los ídolos de madera y de piedra: *Et in sculptilibus suis ad emulationem eum provocaverunt*: (a) pero esta pecadora le habia ultrajado; como quien á competencia sacaba contra él en su persona un ídolo de carne. Se acordó de los lazos que habia armado á la inocencia de las almas, de las astucias de que se habia valido para engañarlas, de los encantos que habia usado para corromperlas, y de las pasiones que en sus corazones habia encendido: acordóse, y abriéndola Dios los ojos, la pareció que veia en medio de las llamas de los infiernos (digámoslo mejor) vió en ellos en espíritu, pero con horror, los pecadores innumerables que habia precipitado á una eterna condenacion. Tanta frecuencia de trato, que para ellos y ella habia sido causa de tan infeliz disolucion de costumbres: tantas conversaciones, cuya libertad habia hecho que olvidasen las leyes del pudor; tantas libertades, contra las quales habia reclamado muchas veces con sus remordimientos la conciencia, pero en vano todos; tantas palabras amorosas y cariñosas; tantas inmodestias en las acciones; tantas cosas que sabia haber sido de parte suya el incentivo de los delitos ajenos: todo esto le vino á la memoria; y aquel solo deseo de parecer bien; cuyas perniciosas consecuencias jamas habia comprendido, aquel deseo de parecer bien, que hasta allí habia tenido en nada, la pareció un abismo profundo y horroroso, que trayéndola á otros, segun la expresion del Espíritu Santo, la habia llevado á los últimos excesos. Esto es lo que su amor totalmente sa-

gra-

(a) Psalm. 77. v. 58.

grado, la hizo conocer; por esto se confundió mil veces á sí misma. Ah! le dice á Dios en el fervor de la contricion mas santa: que no haya estado yo hasta ahora en el mundo sino para haceros guerra en él, para impedir las victorias de vuestra gracia, y ser enemiga declarada de vuestra gloria!; Que no haya yo vivido sino para perder lo que Vos queriais salvar, para destruir la obra de vuestra redencion, y para hacer que perciesen las almas que habeis venido á buscar, y os han tenido tanta costal; pero qué puedo hacer de aquí adelante, mi Dios, sino amaros tanto como me he amado á mí misma, y poner tanto cuidado en agradaros, como he puesto por mi desdicha en agrádar á otros?; Os puedo desagaviar mejor de tantas injusticias como os he hecho, y de tantos delitos, sino con un amor sincero y puro, cuyo inestimable valor he empezado ya á conocer?

Amó, *Dilexit*; y quedáron satisfechas todas estas injusticias: amó, y todos estos pecados se le perdonáron. No creais por esto pecadores que me ois, que nuestro Dios tiene mucha facilidad y blandura: esta consecuencia fuera error en el sentido en que la entendeis; y pudiera ser mas funesto para vosotros este error, que vuestro desenfrenamiento. Inferid sí, que el amor de Dios tiene una virtud superior á quanto entendemos de él: que el amor es tan poderoso como la misma muerte, quiero decir tan meritório, y tan agradable á Dios como el martyrio: que el amor de Dios es tan santo, y hace tan santos como el bautismo: que en comparacion del amor de Dios, qualquiera satisfaccion del pecador tiene poca eficacia, y separada del amor de Dios nada valer en esto convendré con vosotros; pero tambien convendreis conmigo, en que hay pocos pecadores que amen á Dios como le amó Magdalena, hasta abortecerse y negarse á sí mismos; y por consiguiente, que hay pocos pecadores, que aun quando piensan que se convierten á Dios, le amen sinceramente; pues amar á Dios sin abortecerse y negarse á sí mismos, es amarle, y no amarle.

No solamente fué el amor de Dios satisfaccion del

pecado de la Magdalena, sino que purificó tambien su origen, que era su corazon blando y tierno: y para purificarle, amó, *Dilexit*; pero amó, dice San Agustin, al que no puede ser amado con exceso de cariño y de ternura: y de ese modo hizo Magdalena de su cariño y ternura virtud y merecimiento. Conoció que no la habia dado Dios en vano un corazon tierno, pero que este corazon se hizo para su Magestad; y que si hasta entónces habia estado inquieto, no era por ser cariñoso, sino por haberlo sido con quien no debia. No creyó que un corazon convertido habia de ser seco, duro, frio y tibio; ántes conoció que debia ser ardiente, zeloso, afectuoso, capaz de moverse y ablandarse: y hallando todas estas propiedades en el suyo, juzgó que no debia emplearlas sino en amar con ternura á aquel Dios de quien las habia recibido, y para con quien habia estado tan insensible hasta entónces. Como su ternura corregida con esta consideracion podia ayudar mucho para su penitencia, en lugar de querer destruirla, se esforzó para aumentarla. Y al modo que en los primeros siglos de la Iglesia, al paso que la fé se establecia sobre las ruinas de la Gentilidad, no se destruian los templos dedicados á los idolos, sino que se purificaban para que sirviesen al culto del Dios verdadero, así tomando el amor divino posesion del corazon de esta pecadora, no destruyó, sino corrigió sus propiedades: no le quitó la inclinacion de amar, pero la puso en estado de amar con seguridad, haciendo que fuese santo su amor. Este corazon de Magdalena habia sido, segun la metáfora del Apostol, aquel olivo silvestre que no habia llevado sino frutos de maldicion; pero por medio de la caridad divina que se ingirió en él, quedó hecho un olivo cultivado, que de allí adelante llevó frutos de gracia y gloria. ¡Ay mi Dios, qué amable es vuestra providencia, por habernos facilitado de este modo lo mas penoso de la penitencia! ¡Qué suavidad es la de vuestra sabiduría que ha dispuesto las cosas de tal suerte, que sin mudar de natural, y con el mismo corazon que nos disteis al criarnos, podamos convertirnos de pecadores en jus-

justos, y de carnales en espirituales y perfectos! Si para convertirnos á Vos fuera necesario aniquilarnos, y dexar de ser lo que somos, esta aniquilacion, por necesaria que fuese, nos aterrara: pero condescendiendo vuestra gracia omnipotente con nuestra flaqueza, se vale para convertirnos, de lo mismo que hay en nosotros, y hasta en nuestras pasiones nos hace hallar el remedio de ellas mismas: pues ninguna hay, que purificada por vuestro amor no pueda servir para vuestra santidad.

Vamos adelante. El amor de Dios, despues de haber sido satisfaccion por el pecado de la Magdalena, despues de haber purificado su origen, consagró su materia. Llamamos materia de su pecado todo lo que servia á su profanidad y á sus entretenimientos. Era una mugerdada á deleytes, habia gustado de olores, y de todo lo que lisonjea los sentidos: y la quedó el mismo gusto despues de su conversion? Bien lo sabeis; pues en cumplimiento de la predicacion del Salvador del mundo, lo que hizo en casa del Fariseo, y pareció un leve desahogo de su piedad, se publica hasta el dia de hoy para su gloria en quantas partes se anuncia el Evangelio de Jesu-Christo. No, no (dice Magdalena al punto que sintió el tiro de la gracia y del amor de su Dios) no debo ya buscar las delicias del mundo: no dice esto bien con una pecadora, y mucho ménos con una pecadora que hace penitencia. ¡Se han de emplear los regalos en un cuerpo que ha merecido las llamas eternas! ¡Han de servir los perfumes para delicias de una carne que hasta aquí ha sido carne de pecado, y ántes de mucho será materia de corrupcion en la sepultura? No será, Señor; mas puesto en razon está consagrarnos á Vos este cuerpo y esta carne, y quanto ha sido causa de que se rebelen contra vuestra ley, y emplear en vuestro obsequio lo que tantas veces he despreciado. en mí misma. En efecto, movida de este sentimiento lleva consigo un bálsamo precioso y exquisito, derrámale sobre sus pies, los riega con sus lágrimas, y los enxuga con sus cabellos. Así (dice aquí San Gregorio Papa) halló en su misma profanidad materia para honrar al Hijo de Dios;

y en su vanidad, con que ofrecerle un sacrificio agradable: *Et quot in se invent oblectamenta, tot de se obtulit holocausta.* Ved en este exemplo, mugeres del mundo, una sólida penitencia, sacrificando á Dios la materia del pecado. Porque creer estar convertida, quedándose tan dada al mundo, y tan vana como ántes estar en el camino de la penitencia, y quedarse tan esclava de su cuerpo, tan amiga de los regalos, tan solícita de las conveniencias; reducirlo todo á palabras, á máximas y á resoluciones imaginarias, es una quimera; y fiarse en esa la penitencia, es cogarse y engañarse á sí misma.

No permita Dios, Señoras, que yo intente averiguar, ni deciros ahora todo lo que la penitencia debe corregir en vuestras personas; porque además de que esta individuación fuera muy larga, por ventura sería el asunto de vuestra censura: pero no obstante entraron en estas particularidades los Padres de la Iglesia, y los Apóstoles mismos quando pretendieron dar reglas para las costumbres: como era su cuidado, establecer una Religión pura, santa y sin mancha, no tuvieron esta doctrina por indecente á la dignidad de su ministerio. Por esto San Pablo, aquel hombre arrebatado hasta el tercer Cielo, y que aprendió del mismo Jesu-Christo lo que enseñaba á los fieles, daba lecciones á las mugeres Christianas sobre la modestia de los trages, obligándolas en este punto á una regla, contra la qual jamás podrá prescribir ni prevalecer el espíritu del mundo, especificando lo que quería que dexasen, y no teniendo esta individuación por indigna de sus cuidados apostólicos. Pero no quiero descender á tanto el día de hoy; quiero que vosotras mismas seais jueces: quiero que considerando á vosotras mismas, reconozcáis con sinceridad y buena fé lo que en vuestro exterior hay que corregir y quitar: quiero que delante de Dios os preguntéis, si esa profanidad que cada día se aumenta, esas galas, esos adornos que cada día se inventan, dicen bien con la humildad de la penitencia. Y si me respondiereis, que esas no son culpas, y que en rigor nada hay en todo eso que se pueda calificar de pecado: ¿quién duda (es

di-

diría yo entónces, despues de pedirlos con todo encarecimiento, que dexéis ese espíritu interesado que todo lo reduce al rigor del precepto, y no quiere pasar de la obligación de la ley, que es un espíritu poco christiano, y muy peligroso para la salvacion) ¿quién duda, os diría yo resueltamente, que condeña Dios lo que constantemente, y por vuestra misma confesion, á lo ménos es incentivo del pecado, aviva las pasiones impuras, fomenta la delicadeza y la altivez? Efectos tan perniciosos ¿pueden nacer de una causa indiferente, y libre de toda culpa? ¿Quién duda á vista de esta razon, y aun prescindiendo de ella, que todas estas cosas deben ser el sacrificio que hagais á Dios como pecadoras? Porque es necesario, añaddiera yo, que salgais del engaño en que podéis estar, de que la penitencia no debe sacrificar á Dios sino lo que por sí mismo, y esencialmente es pecado. No es así: hay muchas cosas lícitas, que se han de dexar para satisfacer por los pecados cometidos en las prohibidas. Dexando la vanidad se satisface por la maldad: si no haceis esto, tomad la medida que quisieréis, no se dará Dios por satisfecho de vosotras. Así os hablará; pero tengo otra cosa mas eficaz que deciros: ¿qual es? Amad como amó Magdalena, y todos esos sacrificios que tan difíciles se os hacen, os serán poco costosos. Muchas veces se os ha hablado sobre esto; pero ha sido inutilmente y sin fruto, si no se ha subido hasta el origen. Se os han propuesto razones convincentes y sin réplica, para hacerlos dexar esa profanidad, pero en vano; porque el espíritu viciado del mundo os empeñaba con otras razones parentesen defenderla. Tampoco se ha ganado mucho por haber quitado á un alma mundana, ó por mejor decir, por haberla arrancado ciertas exterioridades de vanidad á que estaba asida; porque si á este sacrificio no le anima el espíritu del amor de Dios, presto se volverá á sus vanidades, y reacerá en su primer hábito de la virtud. Pero encended, decia San Felipe Neri, encended en el corazon de una pecadora aquel fuego divino que Jesu-Christo vino á derramar sobre la tierra, y este fuego, y aun una sola centella de él, en poco tiem-

po

po lo consumirá todo. Haced que esa muger conozca á Dios, por pecadora que sea; infundid zelo de Dios en su alma; enseñadla á amar á Dios, y no se detendrá en nada: estará tan lejos de negarse á lo que la pidieréis para convertirse perfectamente, que por sí misma se convidará á ello, os ganará por la mano, hará mas de lo que quisieréis, pasará de la raya, y será necesario muchas veces valerse de la prudencia para ir la á la mano. Obrando por este gran motivo del amor de Dios, tendrá por poco todo lo que su corazón la inspirará: no se desvanecerá (por mucho que haga) como si ya hubiera triunfado, ni se tendrá por perfecta por haber dado algunos pasos en la perfeccion christiana: ántes se reprehenderá á sí misma, pareciendole poco lo que dá á Dios, se confundirá de la repugnancia que tuvo en resolverse, y se asombrará de que Dios se dé por servido de lo que hace. Así llegará á satisfacer sus culpas como Magdalena; así purificará el origen de su pecado; así consagrará su materia; y en fin, remediará el escándalo que ocasionó con su desórden.

El escándalo del pecado consiste en los perniciosos exemplos que da el pecador, y esto es lo que tuvo que remediar Magdalena. Era una pecadora conocida en toda la Ciudad por su vida licenciosa y desahogada; pero amó, *Dilexit*, y desde entónces se resolvió á declararse por Jesu-Christo, tan de veras como lo había estado por el mundo. No buscó oportunidad para hablarle en secreto, quiso que fuese en medio de un concurso numeroso: no temió lo que se diría de ella, al contrario quiso que su accion sonase por todas partes: previno todos los discursos que se harian, y todas las censuras que ocasionaria con su accion, y eso mismo la resolvió á hacer pública su mudanza; ¿por qué? Por glorificar á Dios con su penitencia, tanto como le había injuriado con su disolucion; para ganar á Dios con su conversion tantas almas, como había hecho perder con su vida licenciosa: para confundirse mas, y castigarse mas con esta confusion, por las alabanzas engañosas, y por las adoraciones que había recibido y gozado con tanta complacencia, por eso se entra en casa del

del Fariseo con una osadía santa. De nada se avergonzó quando intentaba satisfacer su pasion; y así de nada se avergüenza quando pretende dar una satisfaccion pública al Dios que ama. La habían visto sobresalir en los concursos, y ahora quiere que la vean postrada en tierra en forma de quien rendidamente ruega. Habia testigos del cuidado con que había empleado tanto tiempo en componerse y adornarse, en seguir las modas, y buscar otras nuevas; pero ahora quiere que los haya del desprecio que hace de todo. Esto quiere, y no querer esto es no hacer penitencia como ella la hace; y no hacerla así, es lo mismo que no hacerla de ningún modo: porque jamás creeré que un alma que hace penitencia con sinceridad, quiero decir, un alma verdaderamente herida del sentimiento de haber perdido á Dios, se avergüenze de servirle, y que por el contrario no solicite restituírle en su conversion toda la gloria que le quitó en su desvario. Jamás creeré que un alma verdaderamente arrepentida, esto es, que siente de veras la ruina espiritual de tantos pecadores como precipitó en la culpa, dexé de tener zelo para sacarlos de ella, habiendo tenido maña para cogerlos en sus lazos, ni que dexé de hacer quanto pueda para que vuelvan al camino de la salvacion, despues de haberlos conducido al de la maldad: *Docebo iniquos vias tuas* (a). Ay! Señor, exclamaba David; yo he escandalizado á vuestro pueblo; pero me consuelo con que este escándalo se puede remediar: le destruiré con mi exemplo, y volviendo á entrar por vuestros caminos, se los mostraré á los que he desviado de ellos: mi penitencia les servirá de doctrina, y viendo que me vuelvo á Vos, aprenderán ellos tambien á volverse: *Docebo iniquos vias tuas, & impii ad te convertentur*. En fin, jamás creeré que un alma verdaderamente arrepentida, quiero decir, bien desengañada de las sutilezas del mundo, tema sus vanos discursos, y no tenga por precisa obligacion el desagraviar á Dios de la vana estimacion

Tom. IV. Quaresma.

N

que

(a) Psalm. 50. v. 15.

que ha pretendido en el mundo, con los baldones que por parte del mismo mundo tenga que sufrir. No ignoro que es necesaria mucha fortaleza para levantarse de esta suerte sobre el mundo, y sacrificarse á toda la malignidad de sus juicios; pero en eso está el merecimiento de una penitencia perfecta, y en esto digo que consiste. Así se le perdonaron muchos pecados á la Magdalena, porque amó mucho con un amor de penitencia; pero amó mucho con un amor de reconocimiento, porque se la perdonaron muchos pecados. Esta es la segunda parte.

II. PARTE.

Entre todos los afectos de que es capaz el corazón humano, solo con el amor de Dios puede el hombre, según la ingeniosa y sólida reflexión de San Bernardo, corresponder con alguna igualdad (sise puede hablar así) á lo que debe á Dios: y solo en virtud de un acto de religión, por cortas que sean nuestras fuerzas, podemos sin presunción pretender algun género de igualdad en el comercio que tenemos con su Magestad. En ninguna otra materia cabe este género de correspondencia de la criatura respecto del Criador. Pongo por exemplo: quando Dios me juzga, no por eso puedo intentar juzgarle; quando me manda, no tengo derecho para mandarle; pero no solamente puedo, sino que debo amarle quando me ama. A los demas atributos de Dios que tienen algun respeto á mi, correspondo con alguna cosa diferente, ó por mejor decir, opuesta á los mismos atributos; honro la soberanía de Dios con mi rendimiento, su grandeza con la confesion de mi nada, su justicia con mi temor y respeto; y si en esto me pasára por la imaginacion igualarme con Dios, fuera ultrajarle, y hacerme digno de los castigos mas severos: pero quando amo á Dios porque me ama, y quiero pagarle amor con amor, lo estima como honra suya, y lleva á bien que el hombre haga gloria de eso. Solamente en esta materia puedo sin temeridad, por decirlo así, medirme con Dios; y aunque es tan grande

la desproporcion que hay de Dios á mí, tengo este arbitrio para no deberle, y pagarle exactamente lo que le debo; porque en amandole, no le quedo á deber; y en pagandole este tributo, dexo satisfecho todo el derecho de justicia que tiene sobre mí; quiero decir, que así como Dios, con ser Dios, no puede hacer conmigo cosa que me esté mejor, que amarme, así mi amor es la cosa mas perfecta y digna de sí mismo que puede pedirme.

Así discurre San Bernardo; y así halló Magdalena el secreto de mostrar á Jesu-Cristo su reconocimiento, despues de haber conseguido de su Magestad el perdon de todos sus pecados. Amó, y amó mucho: *Dilexit multum*. Reparad por vida vuestra lo que voy á decir, que es una verdad que no podeis dexar de tener muy conocida, por lo que infelizmente habeis experimentado, y cada dia experimentais. En las almas tibias, esta consideracion de los pecados perdonados produce una engañosa seguridad, ó una tranquilidad ociosa. Explicome. Semejantes almas están interiormente contentas, y quiera Dios que no se engañen en ello; se dan á sí mismas el parabien de haber sacudido por medio del Sacramento de la Penitencia una carga cuyo peso tenia oprimida su conciencia, y la hacia gemir. Creen que han cumplido ya con todo, porque han oido de boca del Ministro aquellas palabras, *Remittuntur tibi peccata*, tus pecados son perdonados. En lugar de seguir la regla del Espíritu Santo, y temer los pecados perdonados, porque en esta vida no hay seguridad de que lo estén, viven con quietud y sin cuidado de los que quizá no lo estan: y aun quando lo estuviesen, en lugar de reconocer el beneficio inestimable de este perdon, en lugar de decir como David: *Quid retribuam Domino* (a): ¿qué retorno daré al Señor? en lugar de imitar á este Rey penitente, y solicitar con un ansia santa, y un santo deseo desempeñarse para con Dios de una obligacion tan esencial como ésta, viven con una paz, que muchas veces es

(a) Psalm. 115. v. 12.

incomparablemente mas peligrosa que las inquietudes que puede haber en la penitencia de un alma timorata. Parece que esta gracia de la absolucion, con la qual se da el pecador por seguro, no tiene otro efecto sino hacer que viva con mas libertad; pues con una ingratitud sin exemplo, cree que tiene derecho para emplearse menos en el cuidado de agradarle, y en el dolor de haberle desagradado; porque se atreve á prometerse el sagrado de su misericordia, y piensa que la ha experimentado. Así mira solo como alivio, y no como nueva obligacion el perdon de sus pecados. La mira respecto de sí, pero en orden á Dios quiere gozar de los frutos que produce, sin cumplir con las obligaciones que le pone, y gustar de su dulzura interior sin cuidar de las obras de penitencia que son sus cargas. Consultad con vosotros mismos, y confesaréis que es éste el abuso mas comun, y una de las relaxaciones mas ordinarias que insensiblemente se introducen en la penitencia.

Pues aprended hoy á salir de estos engaños. Aprended lo que debe á Dios un pecador convertido, y lo que Dios espera de él: Magdalena os enseñará; y con los progresos que hizo en el amor de su Dios, será el exemplar mas perfecto, no solo de un amor de arrepentimiento, sino de un amor de correspondencia: *Dilexit multum*. Es verdad que el Salvador del mundo habia dicho á Magdalena en casa del Fariseo, *Tú te has salvado, tus pecados son perdonados, anda en paz*. Mas por eso mismo no tuvo quietud su amor á Jesu-Cristo, y la causó aquellos ardientes y santos ímpetus de agradecimiento, que tantas veces, y tan vivamente la inquietaron. Porque sus pecados se le habian perdonado, se dedicó con afecto inviolable al servicio de este hombre Dios mientras vivió en este mundo. Porque sus pecados se le habian perdonado, le dió pruebas de una heroica fidelidad en el tiempo de su Pasion y de su muerte. Porque sus pecados se le habian perdonado, se estuvo junto á su sepulcro con una perseverancia invencible. Porque sus pecados se le habian perdonado, le buscó con todas las ansias de esposa santamente apa-

apa-

apasionada, quando creyó que habia resucitado: quatro efectos maravillosos del reconocimiento de Magdalena; pero no me detengo en ellos, sino en quanto os pueden ser de enseñanza, y os deben servir de exemplo: Oidme pecadores reconciliados y justificados por la gracia de vuestro Dios; oídmé pecadoras convertidas, que os habeis recobrado de vuestros desvarios. Ahora conocereis en qué consiste la perfeccion de vuestro estado.

Magdalena convertida puso en adelante todo su afecto en Jesu-Cristo. Bien lo sabeis. Mientras estuvo este hombre Dios en el mundo, de tal modo manifestó que le habia entregado toda el alma, que solo para él parece que vivia. ¿En qué se empleó? Le seguia, dice San Lucas, en Judéa y Galiléa, acompañandole en sus caminos quando andaba de lugar en lugar predicando el Reyno de Dios. ¿En qué empleó su hacienda? En regalarle y servirle: *Et ministrabat ei de facultatibus suis* (a). Feliz mil veces, dice San Juan Chrysostomo, por haber concurrido al sustento de una vida tan importante y necesaria: mil veces feliz por alimentar al mismo á quien debia su remedio: mil veces feliz por recibirle en su casa, y exercitar con él los officios del mas liberal y cariñoso hospedage. ¿Dónde estuvo mas comunmente? A los pies de este adorable Maestro, oyendo, meditando, y regalándose con sus palabras: *Sedens secus pedes Domini audiebat verbum illius*. En vano la censuran por lo que hace: ella se diera mas á speras reprehensiones á sí misma, si pensára jamas en otra cosa que en renovar continuamente su amor á este Dios de misericordia y paciencia. En vano se queja Marta de que la dexa la carga de todos los cuidados de la casa, por no cuidar mas que de estar con él: todo lo demas, fuera de Dios, no la parece nada, ni hay cosa que en su estimacion sea grande, sino en quanto por su amor puede dexarla. En vano la acusa Marta porque no hace caso de servir á Jesu-Christo, con el pretexto de no apartarse de su

Ma-

(a) Luc. 8. v. 3.

Magestad: sabe bien el modo con que quiere este Dios servido; y conociendo mejor que todos su gusto, en lugar de afanar como Marta para prepararle los manjares del cuerpo, le ofrece otro sin comparacion mas regalado, que Marta no conoce; quiero decir, una protestacion nueva de su reconocimiento y amor. Pues de este modo, como nos lo advierte San Juan Chrysostomo, se porta un alma Christiana á quien ha sacado Dios del abismo de la culpa, quando corresponde fielmente á la gracia que la convierte. Pone su primer cuidado en deshacerse de otros muchos superfluos con que el mundo pretende embarazarla, y fueran otros tantos estorbos de aquella santa libertad que debe tener para poder decir á Dios: *Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo bestiam laudis* (a). Vos, Señor, rompisteis mis cadenas; no pensaré ya sino en ofreceros todos los dias de mi vida un sacrificio de alabanza: si pretendiera aun cumplir con todos los puntos vanos y fantásticos del mundo, si me empeñara en satisfacer un gran numero de respetos imaginarios que en el mundo pasan por obligaciones rigurosas, quando el mundo mismo es el primero que llora y condena sus excesos: si me embarazara en las muchas distracciones que lleva consigo el trato del mundo; ¿qué me quedara para cumplir mi primera y principal obligacion, que es disponer mi vida de suerte, que toda ella sea un perpetuo testimonio de la memoria que conservo de las misericordias infinitas de mi Dios, y de los innumerables pecados que se ha dignado de perdonarme? Si las conversaciones, visitas, diversiones, aun las decentes; si el juego y el paseo me ocuparan ahora el tiempo, y por complacencia y falta de resolucion, ó quizá por estar hecho ó la ociosidad, empleara el tiempo en estos entretenimientos mundanos sin querer apartarme de ellos en nada, ¿cómo fuera mi vida un sacrificio de alabanza y accion de gracias, como Dios lo espera de mí, y como lo ofrecí quando me convertí á su

(a) Psalm. 115. v. 16. & 17.

su Magestad? No, no es esto lo que me conviene (infiere esta alma con la fuerza de su reconocimiento) sino estarme como Magdalena en la presencia de Jesu-Christo; estar como ella pendiente de su palabra; alimentar como ella á Jesu-Christo, y cuidar de su alivio en la persona de sus pobres, emplearme como ella en prepararle un retrete en mi corazon, y hospedarle muchas veces en mi casa y dentro de mí misma: á esto debo arreglarme. ¿Y para qué me ha dexado algunos bienes este Dios de suma bondad, despues de todos los pecados que he cometido, sino para que tenga en mi mano un medio de redimirlos, y concurrir con mis limosnas á sustentarle en sus miembros vivos que son los pobres? ¿Para qué reside personalmente este Dios hombre en nuestros templos y sobre nuestros altares, sino para que yo, apartada de los pensamientos del mundo, tome por ocupacion diaria estar como Magdalena á sus pies, entretenirme con él, abrirle de par en par mi corazon, y decirle continuamente con el Profeta: *Oblivioni detur dextera mea: adberet lingua mea faucibus meis, si non meminero tui* (a). Olvidese, Señor, de sí misma mi mano derecha, péguese me la lengua al paladar, si me olvidare alguna vez de los beneficios de que me habeis colmado, y de las bendiciones de dulzura con que me habeis prevenido.

Hizo aun mas Magdalena despues de convertida: dió muestras á Jesu-Christo de una heroica fidelidad en el tiempo de su pasion y muerte. Ay! hermanos míos, exclama San Juan Chrysostomo: ¿qué exemplo tan grande si sabemos aprovecharnos de él, y hacemos sobre él toda la reflexion que merece! Estaba esparcido el robo de Jesu-Christo, los Apóstoles habian huido, San Pedro despues de su caída no se atrevia á parecer en público, las columnas de la Iglesia se habian movido, pero Magdalena intrépida y firme estaba al pie de la Cruz con la Madre de Jesu-Christo: *Stabant autem juxta crucem Jesu Mater ejus...*

(a) Psalm. 136. v. 5. & 6.

pecado, ó por mejor decir, su memoria será siempre un motivo eficaz que me despertará, me dará alientos, y me infundirá animo para hacer y padecer por Vos quanto pudiere, hasta sacrificarme y ofrecirme en holocausto por Vos, si fuere necesario.

Pero habiendo muerto Jesu-Christo en la cruz, ¿donde se retiró la Magdalena? Con una perseverancia invencible se quedó junto al sepulcro de su Maestro amable. ¿Qué pensamientos fueron los suyos? ¿Qué sentimientos herian vivamente su corazón? ¿Qué resoluciones hizo de morir en espíritu, como su amado habia muerto en el efecto, y sepultarse con él en una vida penitente y humilde, como él estaba sepultado en las tinieblas del sepulcro? ¿Quántas veces se dió á sí misma para su enseñanza aquellas lecciones divinas que el Apóstol habia de dar después á los primeros fieles para enseñarles la santidad que habia de tener la Iglesia? *Mortui estis, & vita vestra abscondita est cum Christo in Deo* (a): vosotros estais muertos, y vuestra vida está escondida con Dios en Jesu-Christo; *Consepulti estis cum Christo* (b). Estais enterrados con Jesu-Christo, y en el mismo Jesu-Christo. Contentandose con pasar su vida cerca de este adorable Salvador, se hubiera estado allí siglos enteros sin cansarse; y si alguna vez, á pesar de su amor, se levantase en su alma algun interior movimiento de tedio, hubiera sabido muy bien tolerarle, y tener esfuerzo para vencerle; porque no ignoraba el tiempo que el Hijo de Dios la habia aguardado á ella; quántos años le habia dexado llamar sin responderle; y dar golpes á la puerta de su corazón sin abrirle; quántos desvios le habia hecho sufrir con sus largas y continuas resistencias. No lo ignoraba; y esto era bastante para fortalecerla contra todos los tedios y horrores que puede causar la vista de un sepulcro, y la idea de un difunto que acababan de enterrar en él; ó por mejor decir, era bastante para fortalecerla contra todos los tedios y horrores de aquella muerte espiritual á

que

(a) Coloss. 3. v. 3. (b) Rom. 6. v. 4.

que se habia condenado á sí misma, y de que habia tenido una idea sensible en el sepulcro, y en el cuerpo muerto, que estaba encerrado en él. Muerte, que infunde horror á tantas mugeres amantes del mundo, que quisieran vivir para Dios, pero sin morir al mundo, ni á sí mismas. Tener corazón, pero despegado perfectamente del mundo, tener ojos, pero para cerrarlos á todas sus vanidades; tener sentidos, mas para hacerse insensibles á los gustos y ahagos con que atrae; estar en el mundo, y aun en medio de él, pero sin tener parte en sus concursos, en sus conversaciones y divertimientos, y para hacer en él una vida retirada, austera y de mortificación; esto es lo que hace volver atras á tantos que hacen penitencia, pero no con sinceridad, y lo que los vuelve á sus primeras costumbres, á pesar de tan bellas esperanzas como habian dado, y de ellos se habian concebido. Solamente un amor de Dios reconocido puede hacer que un alma se mantenga firme contra estas inconstancias tan ordinarias y funestas. Hay muchas consideraciones que la sustentan, y la hacen concebir el afecto del Apóstol: *Mibi vivere Christus est, & mori lucrum* (a). Es verdad que estaré y viveré en el mundo como quien no está ni vive en él; pero para quien he de vivir sino para Jesu-Christo mi Salvador? No es ganancia para mí morir por su amor á todo? Al darme la vida de la gracia, ¿no mereció bien que le sacrificase los gustos vanos de este mundo? *Mibi vivere Christus est, & mori lucrum*. Es verdad que no seré tenido en nada en el mundo, porque no me hallaré en sus juntas, ni en sus conversaciones, ni en sus juegos; pero debo apreciar mas que quanto hay en el mundo el estar libre de sus prisiones, el estar mas estrechamente unido con mi Dios, que me amó, aun quando era enemigo suyo; aquel Dios que me buscó, aun quando yo huía de él; aquel Dios que escogíendome y prefiriendome á tantos, me sacó del camino de perdicion por donde el torrente del siglo me

O 2

ar-

(a) Philip. 1. v. 21.

arrastraba. Si amo á este Dios de paz, él solo me bastará, y no solamente me bastará, sino que fuera de él todo se me hará desabrido, y mi deleyte mayor será privarme por él de todos los deleytes. Pues despues del señalado beneficio que le debo; despues que se ha dignado de convertirse á mi para que yo me convierta á su Magestad; despues que me ha recibido en sus brazos, y me ha acogido en su seno; ¿he de poder escasearle mi corazon, y no pagarle amor con amor? *Mibi vivere Christus est, & mori lucrum.*

En fin, Magdalena buscó á Jesu-Christo resucitado con un fervor propio del amor mas generoso y ardiente. Si se apartó por algunas horas del sepulcro, fue para preparar unguentos preciosos, y venir con presteza á embalsamar el cuerpo de su Maestro. Pero ¡qué atónita quedó quando se halló sin él! ¡Qué arroyos de lagrimas corrieron de sus ojos! ¡Con qué cuidado, con qué presteza, con qué inquietud discurrió ácia todas partes para descubrir el lugar en que pudiese hallarle! *Tulerunt Dominum meum, & nescio ubi posuerunt eum* (a). ¡Ay de mí! (exclamó) que me han llevado á mi Señor y á mi Dios, y no sé donde le han puesto. ¡Con qué generosidad se ofreció á llevarle por sí misma, si tenia la suerte de volverle á hallar! *Et ego eum tollam.* ¡Pero pensaba Magdalena poder sola con un cuerpo, que muchos hombres juntos apenas hubieran podido llevar sobre sus hombros? Yo no lo sé, y ni ella quizá lo sabia; pero no consultó con sus fuerzas, sino con su amor, y el amor todo lo juzga posible. Pero luego que Jesu-Christo la habló, y se le dió á conocer, ¡qué impetu fue el de su alma! ¡Con qué ardor se fue corriendo á Jesu-Christo, y se arrojó á sus pies para abrazarlos! ¡Con qué presteza fue á llevar á los Apóstoles la nueva de su resurreccion, hecha Apóstol de los Apóstoles, y mereciendo por su fervor ver antes que ellos al Hijo de Dios en el resplandor de su gloria! Este fervor santo vemos aun en los mayores pecadores, quando ha-

bien-

(a) Joan. 20. v. 13.

biendose convertido á Dios sinceramente, piensa el abysmo en que estaban sumergidos, y la misericordia con que la gracia los libró. Eran indignos de esta gracia, pero quisieran corresponderla de mil modos despues de haberla recibido, porque comprehenden mucho mejor su valor, y su excelencia. Jamas San Pedro amó mas tiernamente á Jesu-Christo, que despues de haberse convertido con aquel mirar misericordioso del Salvador que le hirió en el corazon, y le hizo llorar tan amargamente su pecado. Jamas estuvo San Agustin arrebatado de mas ardiente y activo amor de Dios, que despues de haber oido aquella voz que penetró su corazon, y le arrancó de sus viciosas costumbres. No contentandose con los exercicios ordinarios, y con las obras indispensables de la penitencia christiana, añaden á eso quanto puede inspirar el reconocimiento: ¡Y qué no puede inspirar un amor reconocido? No me permite el tiempo detenerme para declararlo, porque es preciso concluir; y fuera de eso, algunos que me oyen lo han experimentado, y lo saben bastanteamente: otros no han hecho la experiencia, y por ventura no lo entenderán.

Sea lo que fuere, pecadores; este bien podeis sacar de vuestros mismos pecados. Ellos os separaron de Dios; pero desde que se os perdonaron, pueden servir para uniros con Dios con un amor mas ardiente, con una fidelidad mas heróyca, y con una mas fervorosa piedad: *Vides banc mulierem?* Dice el Salvador al Fariseo; ¡ves esta muger? Pues aunque pecadora pública, ha hecho por mí mucho mas que tú. Ha derramado sobre mis pies los unguentos mas exquisitos, los ha regado con sus lagrimas, y los ha enjugado con sus cabellos: Aunque tu seas justo, y no tengas culpa de que ser reprehendido, ó pienses que no la tienes, no has hecho conmigo cosa semejante. El fervor de algunos pecadores convertidos, los progresos que hacen en el servicio de Dios, y la comunicacion que gozan con su Magestad, fuera al parecer (dice San Agustin) materia de envidia á los mas santos; y si no fuera por el interes de Dios, que quieren mas que el suyo propio, casi le

die-

dieran quejas al mismo Dios, como se las daba el hermano mayor del hijo pródigo á su padre. Admirable efecto de la penitencia, que no solamente puede llegar á igualarse con la inocencia, sino aun excederla de algun modo. Este es á la letra el sentido en que los Angeles, como declara el Evangelio, se regocijan muchas veces mas por la conversion de un pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos. Por esto las mismas mugeres públicas, segun la sentencia de Jesu-Christo, habiendo con una perfecta conversion vuelto felizmente al camino de la gloria, precederán en el Reyno de los Cielos á muchas, cuya vida, antes mas inocente, habrá sido despues menos santa. Entendamos esta verdad, amados oyentes míos. Entendedla justos, para humillarlos; pero para animaros tambien al mismo tiempo: entendedla pecadores, para consolaros, y tener aliento. Trabajemos todos á una, ó por mejor decir á competencia: y no será inutil nuestro trabajo, pues podemos todos alcanzar la corona de gloria que yo os deseo, &c.



SER-

SERMON
PARA EL VIERNES DE LA
quinta Semana.

Sobre el Juicio temerario.

Collegerunt Pontifices, & Pharisei concilium
adversum Jesum.

*Los Principes de los Sacerdotes, y los Fariseos
tuvieron consejo contra Jesus. S. Juan cap. 11.*

v. 47.

SEÑOR.

LOS Principes de los Sacerdotes, y los Fariseos, esto es, los sabios del Judaismo, y los tenidos por virtuosos en la Synagoga se juntan en Consejo. No es el asunto de poca monta; no se trata menos que de sentenciar á muerte á un hombre acreditado en el pueblo, y conocido en toda la Judéa por sus milagros. No han de hacer este juicio cada uno de por sí, ni segun su conocimiento particular, sino confiriendo unos con otros lo que saben. ¿Quién no creyera, que habian de hacer un juicio justo, y conforme á las leyes mas exáctas de la justicia y de la razon? Pero estos hombres sabios se dexan cegar: estos virtuosos se dexan preocupar; y este Consejo que se ha juntado, dá en fin la sentencia mas injusta, y atropella la causa de un inocente. Esto es, oyentes míos, á lo que nos lleva la flaqueza humana, y lo que hoy ha de servir para nuestra instruccion. Tenemos dentro de nosotros un

tri-